

PER BX1427.A1 P483

Pentecostes.



Digitized by the Internet Archive
in 2016

<https://archive.org/details/pentecostes1901apos>



LIBRARY OF PRINCETON
FEB 12 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

PENTECOSTES

3a. Época. — 1º de Julio de 1960. — Núm. 190



Para EL RETIRO MENSUAL

LA INQUIETUD

NADA impide tanto el progreso en la virtud como un estado de inquietud; así como nada lo favorece tanto como una paz de fondo, sólida y estable.

Dedica pues el retiro de este mes a estudiar y combatir ese estado de inquietud, si por desgracia te encuentras en él.

Nota desde luego que no hablo de una inquietud pasajera que cualquiera puede tener sin notable perjuicio de su alma; sino de un *estado* de inquietud, lo que supone algo estable, habitual y permanente.

* * *

Ese estado de inquietud puede tener diversas causas:

1º—*Una gran irascibilidad.* Hay personas que están siempre de mal humor y a quienes la menor contrariedad las hace estallar; de manera que su ira no está en proporción con el incidente que la ha ocasionado.

Entre ellas se encuentran las personas que tienen un carácter irascible que no se han esforzado en dominar: con los años ese defecto se exacerba. También puede ser síntoma de alguna enfermedad: digestión defectuosa, males hepáticos y biliares, ciertas neurosis, etc.

2º—*Una susceptibilidad extrema.* Son personas llenas de sí mismas, egoístas, que quisieran ser objeto de las atenciones de todos, que creen que todo se lo merecen y que nadie les hace justicia.

De aquí se sigue que la menor desatención, la más justificada advertencia, la crítica mejor intencionada, las hiere. Y esa herida difícilmente se cierra, porque la están enconando constantemente. La memoria recuerda lo que les dijeron o hicieron y la imaginación se complace en agrandarlo.

Con mayor razón, cuando reciben una injuria o sufren una injusticia; todas se turban, se rebelan, son rencorosas y no saben perdonar.

3°—*Una excesiva impresionabilidad.* Las impresiones se suceden y cambian como las nubes en el cielo: a las veces el alma se siente abatida por la tristeza o exaltada por una alegría excesiva; a las veces, desganada por el desaliento o enardecida por la cólera; a las veces agitada por los celos o las antipatías, o arrobada por la pasión del amor; a las veces dislocada por la diversidad de los deseos, o atemorizada por males reales o imaginarios, o arrastrada por una audacia temeraria, etc., etc.

Si el alma no domina sus impresiones, si es juguete de ellas; ¿cómo no ha de estar inquieta y turbada?

4°—Pero lo que más inquieta a las almas son los *escrúpulos*. Por la importancia de esta causa, la trataremos en otro retiro con mayor detenimiento.

* * *

Examina ahora cuál de estas causas es la que produce la turbación de tu alma.

Puede ser una sola; pueden combinarse dos o más, lo que es peor.

Suele también acontecer que tengas períodos de relativa calma, alternados con crisis en que tu mal se exacerbe violentamente.

En esas crisis puede haber sólo tentaciones y luchas; pero, con más frecuencia, suele haber caídas, ya leves, ya graves.

En este último caso, no dejará de aparecer el fantasma nefasto del desaliento que da al traste con los mejores propósitos y ha frustrado tantas veces los designios de Dios en la santificación de las almas.

Una vez que hayas encontrado la causa de la turbación de tu alma, vamos a buscar el remedio.

Pero antes te advierto que para curarte debes poner una doble condición previa: que *quieras* curarte y que tengas *confianza* de conseguirlo con la ayuda de Dios.

Si no tienes verdadera voluntad de curarte, sino sólo una veleidad; si no dices QUIERO, sino *quisiera*..., perdemos el tiempo. Con más razón, si crees que tu mal es incurable. En el orden sobrenatural no existe esa clase de males.

Pero tampoco te hagas la ilusión de que te vas a curar en dos por tres. Es un trabajo largo que requiere tesón, perseverancia, tenacidad; pero sobre todo oración, mucha oración, para alcanzar de Dios la gracia sin la cual tus esfuerzos serán vanos.

* * *

1°—LA IRASCIBILIDAD. El vicio capital de la ira es el apetito desordenado de venganza. La irascibilidad es algo más atenuado. Es lo propio de un temperamento violento,

de un carácter iracundo. Esos arrebatos de cólera son como una llamarada que tan pronto se enciende como se apaga. Y que cuando han pasado, dejan humillada a toda alma noble.

Hay dos métodos para curar la irascibilidad. Puedes escoger el que más se adapte a tu temperamento espiritual; o bien puedes combinar los dos.

a) El primero consiste en vigilarte, en estar muy sobre ti mismo, para que cuando te des cuenta de que vas a estallar, te domines, pidiéndole a Dios su ayuda.

Empieza por vencerte en los casos más fáciles y poco a poco irás venciendo dificultades mayores.

Cuando estés en calma y la ocasión se presente, haz actos de paciencia, de dulzura, de mansedumbre. Y multiplícalos cuanto discretamente puedas. Esto es el "agere contra" de S. Ignacio, el obrar contra tu inclinación desordenada.

b) El otro método es más atractivo y bien llevado es más eficaz. Consiste en ahondar en la meditación y traer siempre ante los ojos a Jesús paciente, dulce, lleno de mansedumbre, indulgente, rico en misericordia...

Es imposible que esa contemplación, tan frecuente como sea posible, no vaya impregnando el alma de la dulcedumbre infinita de Cristo.

Al principio, el alma se sentirá, por lo menos, profundamente avergonzada al compararse con el modelo divino. Y esa humillación la hará reaccionar favorablemente.

Toda la eficacia de este método está en el amor. El alma que de veras ama a Jesús es imposible que no trate de asemejarse a El, porque ésta es una ley ineludible del amor, de la amistad, "que encuentra o hace iguales a los amigos".

"¡Dulzura del Corazón de Jesús, pacífica mi corazón!"
Cuando hacemos que esta jaculatoria impregne íntimamente nuestra alma, es imposible que no se vaya poco a poco transformando, hasta reproducir, siquiera muy de lejos, la suavidad del Corazón dulcísimo de Cristo.

* * *

2º—LA SUSCEPTIBILIDAD. Este defecto nace de una imaginación desenfrenada y de suyo demasiado viva.

Esta facultad tiene el funesto privilegio, no sólo de retener y rumiar una sensación, sino de hacer que vaya creciendo, que se vaya agrandando cada vez más, hasta sentirnos abrumados.

Por ejemplo, te hace una advertencia tu superior (ya sean tus padres, tus maestros, tus jefes, etc.). No importa que te la haya hecho con muy buen modo y con sobrado motivo; tu imaginación empieza a trabajar: repasa y vuelve a repasar lo que te dijeron... te figuras que tu superior no te tiene voluntad... que tal o cual persona le habló mal de ti y lo pre-

dispuso en tu contra... que otros hacen cosas peores y no les llama la atención... etc., etc.

Y es muy natural que la herida que sufrió tu amor propio se vaya enconando cada vez más...

He ahí el proceso que de ordinario engendra la susceptibilidad.

Sin duda que hay otros casos en que no necesita trabajar tanto la imaginación; como sucede en una persona llena de orgullo y de soberbia, que quisiera ver a todo el mundo a sus pies, que se cree digna de toda alabanza y consideración. Es lógico que la menor desatención le haga profunda mella.

Otras personas, en fin, tienen ya un modo de ser quisquilloso, puntilloso, lleno de melindres; como pasa con los que no han recibido una educación varonil, sino que han sido siempre mimados, "consentidos", halagados.

El remedio a la susceptibilidad está sobre todo en educar la imaginación.

La imaginación tiene esto de particular, que no se la puede sujetar por la fuerza. Pasa con ella lo que con el mercurio; quien lo quiere aprisionar en la mano, mientras más la aprieta, más se escurre el azogue. Así también, si tratamos de dominar la imaginación a la fuerza, más se divaga y se escapa por cualquier resquicio.

A la imaginación hay que encauzarla con suavidad; apartarla del objeto que no le conviene, dándole un alimento interesante y útil.

La "*composición de lugar*" —tan conocida en el método de oración ignaciano— tiene precisamente por objeto encauzar la imaginación y darle un alimento que contribuya al asunto de la meditación, en lugar de estorbarlo, distrayéndose y divagándose.

Algo semejante debemos hacer en nuestro caso: en lugar de insistir en lo que nos ha lastimado para avivar nuestra susceptibilidad, hay que dar a la imaginación un alimento que la aparte de ese asunto enojoso; y más provechoso será, si el alimento que le presentamos contribuye a pacificar nuestra alma.

Por ejemplo, si hemos sufrido una humillación pública, recordemos la escena de la Pasión en que Jesús fue abofeteado por sus enemigos. ¿Quién tendrá valor de quejarse cuando Jesús sufre en silencio?

Una persona preguntaba a Mons. Martínez cómo debía portarse con un súbdito que la había ofendido. Como fulano de tal —decía— estoy dispuesto a sufrir la humillación; pero como superior debo ver por mi dignidad.

—Sí, le contestó Mons., vea Ud. por su dignidad tanto cuanto vio Jesús por ella en su Pasión...

Claro está que si la susceptibilidad viene sólo del orgullo, hay que combatirlo con la humildad. Si viene de un natural

melindroso o de una educación a base de mimos, hay que reeducar a esa persona, virilizar su carácter, fortificar su voluntad. Sobre lo cual no entramos en detalles, porque nos llevaría demasiado lejos. Además, ya hablamos en otras ocasiones de la humildad y quizá más tarde hablemos de la educación de la voluntad.

* * *

3°—LA IMPRESIONABILIDAD. Ser impresionable, tener una sensibilidad que vibre, que se emocione, que se entristezca, que se llene de compasión, etc., no es un defecto, sino una cualidad. Antes, quien fuera frío, seco, impasible, sería incompletamente hombre.

El desorden está en que no haya la debida subordinación de la parte sensitiva a la racional, de las impresiones a la razón y a la voluntad, de que el hombre sea juguete de sus impresiones.

No está en nuestra mano dejar de sentir; pero sí podemos, más aun debemos, no dejarnos dominar por nuestras impresiones, sino gobernarlas, hacer que la voluntad las domine y las encauce y que la razón las dirija.

Con lo cual hemos indicado ya el remedio contra la impresionabilidad: la razón debe dirigir nuestras impresiones, y la voluntad las ha de gobernar.

He aquí además algunos consejos prácticos:

Cuando estés bajo el influjo de una impresión fuerte,
—empieza por guardar silencio. Como dice la Escritura, el silencio será tu fortaleza: "*In silentio erit fortitudo vestra (1)*", porque concentrará tus energías para dominarte;

—en esas circunstancias, no reprendas, espera a serenarte para que tu advertencia sea razonable y ponderada;

—tampoco tomes una resolución de importancia, ni hagas promesas ni te obligues a hacer tal o cual cosa; pasada la impresión, tal vez te arrepientas;

—debes sobre todo velar sobre tus afectos sensibles; suelen ser los que más turban el alma cuando son excesivos. El corazón es como un corcel indómito; hay que llevar la brida con mano fuerte. Por ahora basta que te dé esta regla general: desconfía de las manifestaciones sensibles de afecto. Con frecuencia suele ser más perfecto abstenerse de ellas; a las veces es necesario.

EXAMEN

1.—Si eres un alma inquieta, turbada, no podrás progresar en la virtud, si antes no te pacificas, quitando la causa de tu inquietud. ¿Es la irascibilidad? ¿la susceptibilidad? ¿la impresionabilidad?

2.—Si eres irascible, examina cuál es la causa: ¿es un hábito que, no combatido, ha ido creciendo con los años? ¿es síntoma de alguna enfermedad? Según el caso, aplica los remedios que te he indicado.

3.—Si eres susceptible, ve si ese defecto nace de una imaginación desbocada y trata de educarla como queda dicho. Si viene del orgullo, ejercítate en la humildad; si de una voluntad acostumbrada a encapricharse y a salirse siempre con la suya, emprende la difícil pero necesaria tarea de educarla.

4.—Por último, si eres juguete de tus impresiones, ve poco a poco dominándolas, no dándoles importancia, acostumbrándote a obrar por razón y con serenidad, haciendo que la voluntad vuelva a recobrar el cetro que ha perdido.

La sensibilidad, esclava; la voluntad, señora.

¡Felices las almas que han logrado desterrar sus inquietudes! A pesar de todas las tormentas exteriores, vivirán en la paz: "*Illi autem sunt in pace!*"

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.



(1) Isa., XXX, 15.

P E N T E C O S T É S

REVISTA MENSUAL

Dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

ORGANO DE LOS APOSTOLADOS DE LA CRUZ Y DEL ESPIRITU SANTO

DIRECTOR RESPONSABLE: J. G. TREVIÑO

Ap. N° 1580. Ofic.: Ciprés, 59. Tel.: 16-03-85.

México 4, D. F.

Suscripciones: por un año \$ 5.00. Número suelto \$ 0.50. En el extranjero: Dllrs. 0.50. A los Agentes les hacemos descuentos especiales. A la persona que nos coloque 10 suscripciones, pago adelantado, le obsequiamos una por un año.

Registrada como artículo de 2° clase en la Oficina de Correos de México, el 27 de abril de 1937.

IMPRENTA ALDINA.—Huatabampo 50.—México 7, D. F.



VIA ILUMINATIVA

LA vía iluminativa señala el principio de la vida mística, porque los Dones del Espíritu Santo empiezan a influir en el alma y a causar en ella muchos efectos pasivamente.

Esta *pasividad* es como el signo de la vida mística que empieza en la vía iluminativa.

Es preciso, sin embargo, que distingamos dos etapas en la misma vía iluminativa: en la *primera*, la pasividad se inicia apenas y causa aflicción y dolor en el alma y se llama NOCHE OSCURA DEL SENTIDO; en la *segunda*, —de mayor pasividad, pero sabrosa y agradable para el alma— entra ésta en la *plena vía iluminativa*.

En esta segunda parte el alma encuentra, durante la oración, una facilidad y recogimiento muy grandes y, con mucha frecuencia, los *toques pasivos* la sumergen en una suave contemplación infusa.

Si en el género de vida del alma que ha llegado aquí predomina la actividad, entonces los toques del Espíritu Santo iluminarán aspectos sobrenaturales y divinos en las actividades que ejerce; por ejemplo, descubre a Jesús en los pobres, en los enfermos, en los presos, en los niños. Además, otros Dones intervienen con frecuencia en sus trabajos, el Don de Fortaleza, el de Consejo, etc.

Pero de un modo o de otro, el alma tiene la PASIVIDAD, la ayuda superior de los DONES del Espíritu Santo y, más aún, de un modo o de otro es verdaderamente CONTEMPLATIVA.

¿Qué es la contemplación infusa?

CAUSAS DE LA CONTEMPLACION

La contemplación infusa procede de la Fe, de la Caridad y de los Dones Contemplativos.

Oficio de la Fe. No sabríamos qué comparación usar para que se entienda cuál es el oficio de la fe.

La Fe es una facultad intelectual.

Cuando se habla del entendimiento, a veces se le llama "los ojos del entendimiento".

Cabe que preguntemos: La Fe, ¿son los mismos ojos? ¿es el mismo entendimiento? O por el contrario ¿son "otros ojos"? ¿es otro entendimiento?

Si decimos que son los *mismos ojos*, hay el peligro de reducir la distancia entre la inteligencia y la fe; y hay que tener presente que entre el entendimiento humano o angélico y la fe hay un abismo.

Si decimos que son *otros ojos*, hay el peligro de pensar^o que no hay ninguna relación entre la fe y el entendimiento; y no es así, porque cuando conocemos cosas de fe, las conocemos con el entendimiento.

La fe es algo así como unos anteojos, como un aparato óptico, que hacen ver algo que los ojos solos serían absolutamente incapaces de alcanzar; pero a través de los anteojos son los ojos los que ven.

Nuestros conceptos, los conceptos humanos, cuando son iluminados y percibidos por la Fe, adquieren un significado altísimo aunque oscuro.

Por ejemplo, la palabra "Padre", vista por la Fe, significa lo más excelso de los cielos, nos habla del término de quien surge la Generación eterna en el seno de la Trinidad.

* * *

Oficio de la Caridad. La Caridad es un amor divino que la Gracia infunde en la voluntad.

Y el amor, aunque de suyo no conoce, sino que sigue las alternativas del conocimiento, sin embargo, *hace conocer*.

Y cuando el amor invade un alma y la hace tender hacia el objeto amado con todo el ímpetu de la voluntad, se une a él de una manera misteriosa, por una cierta *connaturalidad y simpatía*, que asemejan al que ama y al amado.

Por eso dicen que la amistad "*encuentra iguales a los amigos o los hace*".

Y la *Caridad*, amor divino que el Espíritu Santo infunde en el corazón, produce una corriente de "simpatía" entre Dios y el alma, una cierta semejanza que da a la criatura un conocimiento nuevo y altísimo de Dios.

La oscuridad profundísima de la Divinidad le pone un límite a la Fe, que no puede penetrar más allá; cegada por la divina tiniebla; pero la audacia de la Caridad penetra a través de todos los velos y se une a Dios como es en Sí, y en esta tendencia que alcanza al Altísimo, en este abrazo que se apodera de Dios, conoce el alma con un conocimiento nuevo.

* * *

Oficio de los Dones. Los dones contemplativos son el de Ciencia, el de Inteligencia y el de Sabiduría.

Estos Dones son rayos de luz divina que iluminan las profundidades de la Fe y hacen que el alma vislumbre, entre las densas tinieblas, claridades muy hondas, ráfagas brillantes de conocimiento sobrenatural.

Siguiendo nuestro ejemplo, diremos que la inteligencia son los ojos: la Fe, la lente que nos hace percibir con los ojos lo que éstos jamás hubieran alcanzado.

Pero, a pesar de nuestro aparato óptico percibimos muy oscuramente, no distinguimos más que otro plano, pero de una manera muy confusa.

Sin embargo, todo lo que encontramos en este mundo nuevo nos es familiar por la Caridad; apenas lo vislumbramos, pero con simpatía, con ansias de posesión, de tomar lo "nuestro", lo que nos pertenece.

Y de pronto, así como entre las densas tinieblas de la noche, cuando las nubes tempestuosas derraman un diluvio sobre los campos, surca el poderoso rayo y rasga el misterio, así también los Dones iluminan la nebrura del mundo sobrenatural.

Es evidente que esto no es todavía la *Visión*, pero sí se puede afirmar que estos conocimientos, aunque se realizan en la Fe, son más luminosos que toda la luz de las ciencias humanas, más luminosos aun que la Teología.

* * *

Baste lo dicho al presente para nuestro propósito, que es dar a entender las causas de la contemplación infusa.

Ante todo la Fe, que nos introduce al mundo sobrenatural; también la Caridad, que nos da un conocimiento nuevo, de simpatía con las cosas divinas.

Y, presupuestas estas dos virtudes, vienen los Dones del Espíritu Santo, a darle su característica a la oración contemplativa, que deja absorta al alma, sobrecogida y muda de emoción ante la luz que le ha hecho vislumbrar las arcanas bellezas del mundo divino.

Fernando de la Mora, M.Sp.S.

APOSTOLADO LITURGICO

Para ofrecer a los sacerdotes, religiosas y fieles todo lo relativo al culto divino: lino, brocados, ornamentos, vasos sagrados, etc. Todo litúrgico, artístico y económico. Tenemos también Breviarios, Misales, Misales para fieles y demás libros litúrgicos

Nuestra obra no es comercio: es apostolado.

PIDANOS INFORMES A MADERO 42, DESP. 31.



4°—El Espíritu de santidad desprende al cristiano de sí mismo y del "hombre viejo".

VOLVERNOS hacia Cristo Señor Nuestro y hacia el Padre celestial, después hacia nuestros hermanos y hacia el mundo para salvarlo por la caridad llevada hasta sus últimas exigencias, es una empresa que el Espíritu Santo realiza; pero no partiendo de un nivel igual a cero, sino de mucho más abajo.

Porque no se trata de una simple elevación, sino de una *renovación*, semejante a la que transformó a los doce discípulos, ignorantes y cobardes, en Apóstoles de luz y de fuego.

El Espíritu Santo va a buscar al hombre —el día de su bautismo— hasta el fondo de su pecado, es decir, *hasta su egoísmo inveterado y tenaz*. Uniéndolo al Redentor y a su Iglesia, debe *abrirlo al amor* a Dios y a su prójimo, apartarlo por tanto de sí mismo, desprenderlo de sus placeres y de su egoísmo, hacerlo que pierda su vida para que encuentre la Vida.

* * *

Ya los filósofos, y aun todo hombre de experiencia, comprueban el desacuerdo fundamental entre la carne y el espíritu; la carne, oscura y pesada, envejece pronto; el espíritu, ágil y alerta, está ávido de renovación y de vida.

Con más profundidad, el cristiano percibe el desacuerdo entre lo que es nuestro ser natural, espíritu y cuerpo, y lo que el Amor infinito nos pide: *vivir la vida sobrenatural y divina en el Espíritu Santo*.

Para llegar a esa cumbre, es preciso que vencamos una doble rebeldía: no sólo la de la carne al espíritu, sino la del espíritu a Dios.

La impureza es un obstáculo radical a la vida cristiana en el Espíritu Santo, Huésped de un templo que no debe ser profanado. El orgullo es otro obstáculo, y más radical todavía.

Estos dos obstáculos son las formas características del egoísmo y cierran el corazón del hombre al amor.

A este hombre, encadenado por el orgullo y la impureza, San Pablo lo llama "*el hombre viejo*", bajo el antiguo régimen de la "*carne*" y del paganismo.

¡Ay! el cristiano, aunque se esfuerce en ser un "*hombre nuevo*", no lo podrá ser *totalmente*, sino el día de la resurrección de la carne.

Aun bajo el régimen de la gracia que empieza a unirlo con Cristo resucitado —nuevo Adán—, queda en él cierta dependencia del primer Adán, queda en él algo del pagano o del judío.

Por eso el Espíritu Santo aparece en su vida como el animador de una lucha inflexible y sin tregua, que comienza en el bautismo y que hay que proseguir pacientemente en el esfuerzo doloroso de cada día.

* * *

Esta lucha es entre "*la carne*" (en el sentido que le da San Pablo) y "*el espíritu*" (es decir la parte del hombre ya sometida al Espíritu Santo).

El mismo Apóstol ha comprobado la vivacidad de esta lucha en sí mismo y en sus fieles (1). Es más terrible aún entre Satanás y el Espíritu Santo, que se disputan el corazón del hombre.

En el rito del bautismo comienza este combate trágico entre la Paloma y la Serpiente: "*Sal de esta alma, Espíritu inmundo, y deja el lugar al Espíritu de Santidad*", dice el sacerdote; (estos términos pueden explicarse fácilmente: la inmundicia es el egoísmo y la impureza; la santidad es el amor).

La vida del cristiano consiste en entregarse más y más al Espíritu Santo para ratificar cada vez mejor su triunfo sobre Satanás y sus secuaces: el pecado, el mundo, la muerte.

Así es como el cristiano "*se renueva de día en día* (2)" v, envejeciendo la carne, tiene la certeza de progresar hacia la juventud eterna de la resurrección.

* * *

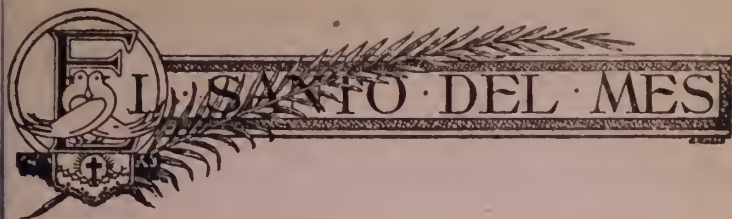
Era preciso indicar esta ley fundamental del renunciamiento y del esfuerzo, sin los cuales todo trabajo ulterior del Espíritu Santo permanece como bloqueado.

Al contrario, desde que el cristiano renuncia generosa y virilmente al pecado, el Espíritu Santo se manifiesta en él de una manera más profunda e imprime en su vida un sello que le da la seguridad moral de su salvación y de la resurrección de su cuerpo en el último día.

J. Aubry, S.D.B.

(Adaptac. y Traduc. de J.G.T.)

(1) Véase: Rom., VII, 14 a VIII, 13; y Galat., V, 16-25.—(2) II Cor., IV, 16.



Los Diecinueve Mártires de Gorkum

ESTOS Mártires, que pudiéramos llamar "*Mártires de la Eucaristía*", son poco conocidos; merecen, sin embargo, que su culto se haga más popular y se extienda por la cristiandad entera, ahora que ha crecido tanto el culto a la Sagrada Eucaristía.

Por eso vamos a referir brevemente su martirio para contribuir con un granito de arena a propagar su devoción en la medida de nuestras fuerzas.

A principios del siglo XVI, inició Lutero en Alemania la pretendida "Reforma Protestante", que pronto se extendió, no sólo en Alemania, sino en varios países de Europa, como Suiza, Suecia, Noruega, Dinamarca, Países Bajos, Inglaterra y aun la misma Francia.

En esta última nación, su gran apóstol fue Calvino, discípulo de Lutero. Pero el calvinismo tiene caracteres propios; por ejemplo, la predestinación fatal, es decir, que Dios quiere *positivamente* tanto la salvación de unos como la condenación de otros; y en materia de sacramentos, niega la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía; y toda su doctrina y su gobierno fueron de una severidad extrema.

El calvinismo penetró en los Países Bajos, especialmente en Holanda, y en ella los calvinistas persiguieron a los católicos, sobre todo a los sacerdotes y a los religiosos, con una crueldad verdaderamente inhumana. Así justificaron el nombre que a sí mismos se dieron: "*les Gueux*", que podría traducirse por "*mendigos depravados*", que se dedicaban a robar y a matar.

* * *

Gorkum era una pequeña pero próspera población de Holanda, donde se agitaban —en 1572— los dos partidos, el católico y el calvinista. Dominaban los católicos, pero "*les Gueux*" se acercaban y pronto pusieron sitio a Gorkum.

El 25 de junio se presentaron trece embarcaciones con 150 soldados para atacar a Gorkum con la connivencia de los calvinistas que estaban dentro de la ciudad. Los Gueux prometieron completa libertad política y religiosa, aun a los católicos, y así pudieron entrar en la ciudad. Quedaba, sin embargo, la ciudadela que no se había rendido.

Había en Gorkum un convento muy fervoroso de capuchinos, además de dos parroquias con su respectivo clero diocesano.

El superior del convento era un sacerdote joven, el P. Nicolás Pik, natural de Gorkum, donde vivía toda su familia. Éste hizo todos los esfuerzos posibles por convencer al P. Pik para que se pusiera a salvo cuando todavía era tiempo.

El P. se rehusó, alegando que no debía abandonar a la comunidad que los Superiores le habían confiado; mucho menos a la hora del peligro. Le propusieron entonces que todos los religiosos huyeran; pero lo rehusó también, porque su huída produciría muy mala impresión en los católicos, aumentaría su abatimiento, así como la insolencia de sus enemigos.

El Padre se limitó a trasladar a la ciudadela los vasos sagrados, las reliquias e imágenes de los santos. Y él y sus religiosos, así como los párrocos y los demás sacerdotes del clero diocesano se consagraron a levantar el ánimo de los católicos, a purificar sus conciencias, a prepararlos a morir antes que renegar de su fe.

* * *

Una vez que con falaces promesas entraron en Gorkum los Gueux, su capitán, Martín Brancio, mandó repicar las campanas para que la población se reuniera en la plaza principal e hizo que todos juraran odio a los españoles y fidelidad al duque de Nassau y a los Stos. Evangelios.

Después se dedicó a atacar a la ciudadela, último reducto de los españoles, y donde también se habían refugiado los religiosos y sacerdotes.

La artillería enemiga empezó a funcionar para derribar las murallas. La desproporción era evidente. Brancio tenía a sus órdenes 200 combatientes; la ciudadela estaba defendida sólo por 20 soldados con malas armas y pocas municiones. La noche fue terrible; poco a poco la artillería derribó las fortificaciones y los Gueux irrumpieron en la ciudadela a la medianoche. Los defensores que habían sobrevivido se refugiaron en el último reducto, la torre azul.

Al fin, viendo que toda resistencia era inútil, el gobernador de la ciudadela pidió parlamentar. Las condiciones de la capitulación fueron que los Gueux respetarían la vida de todos, tanto seculares como eclesiásticos; en cambio, todas las pertenencias de los vencidos pasarían a poder de los vencedores.

Pero como de costumbre, no cumplieron sus promesas. Después de haber insultado y maltratado a todos durante todo el día, al siguiente, mediante una cantidad de dinero que cada uno tuvo que dar, fueron puestos en libertad los seglares. A los religiosos y sacerdotes, al contrario, los arrojaron en una horrible prisión. No habían probado bocado desde el día anterior y se sentían ya desfallecer de inanición. Era viernes y los Gucux les presentaron una magnífica cena, pero con sólo platicos de carne. Todos prefirieron continuar su ayuno antes que quebrantar la ley de la abstinencia.

* * *

Sería muy prolijo relatar todas las vejaciones y torturas que tuvieron que sufrir los religiosos y sacerdotes. Sus verdugos se ensañaban para hacerlos confesar dónde habían escondido los tesoros de sus iglesias y sobre todo para hacer que entregaran las sagradas hostias para profanarlas. Su saña se concentró especialmente en el P. Pik: lo apalearon, lo semi-ahorcaron, le quemaron la frente, las orejas, la barba, la boca y hasta la lengua, le dieron de puntapiés y de bofetadas.

Y durante 10 días y 10 noches siguieron sufriendo estos suplicios los heroicos mártires.

En fin, para no conmovier a la ciudad, de noche transportaron a los mártires a otra ciudad próxima, La Brille. En el trayecto y a su llegada se multiplicaron las vejaciones.

En La Brille los interrogaron sobre sus creencias y trataron por todos los medios posibles de hacerlos renegar de la fe católica. Desgraciadamente tres flaquearon, un canónigo de Gorkum, el párroco de Maesdam y un joven capuchino.

Después de haber agotado todos los medios para hacer que los restantes renegaran de su fe, esa noche del 8 al 9 de julio, después de una orgía en que se comió y se bebió con exceso, el gobernador de La Brille ordenó que esa misma noche fueran ahorcados todos los prisioneros.

Con los sacerdotes de Gorkum y los de La Brille eran por todos 21. Los ataron, de dos en dos, por los brazos, y en medio de un piquete de soldados, los condujeron fuera de la ciudad, hasta las ruinas de un monasterio. Escogieron un salón medio destruído, que habían convertido en granero y que tenía una gran viga y otra pequeña de donde iban a ser colgados.

Los mártires se abrazaron para despedirse y se dieron una última absolución.

El P. Pik fue el primero en subir la escala fatal y no dejó de exhortar a sus compañeros hasta que la cuerda lo extranculó.

Mientras seguían ahorcando a los demás, varios ministros alvinistas no cesaban de exhortar a los restantes para que postataran, no sólo con capciosos argumentos, sino sobre todo con grandes promesas.

Por desgracia defeccionó Fr. Enrique, un novicio capuchino de 18 años; aunque, gracias a Dios, se arrepintió algún tiempo después y volvió a la verdadera fe. A él se deben los detalles del martirio de sus compañeros.

Otra defección más triste fue la de Fr. Guillermo. Después de su apostasía, se entregó a una vida tan desordenada que apenas dos meses después fue ahorcado por ladrón.

La agonía de la mayor parte de las víctimas fue prolongada y dolorosa; la extrangulación por descuido de los verdugos, no siempre pudo ser rápida, porque a uno se le atoró la cuerda en el mentón, a otro en la boca de manera que le quedaba como un freno, a otro el nudo no fue lo bastante corridizo y quedó sólo medio asfixiado; uno de ellos en fin, no expiró sino hasta después de que había salido el sol.

En resumen, los mártires fueron 11 Capuchinos, 2 Premonstratenses, 1 Dominicó, 1 Canónigo regular de S. Agustín y 4 sacerdotes diocesanos.

Los cadáveres fueron mutilados; les extrajeron las entrañas y las vendieron con fines supersticiosos.

Clemente X, el 24 de noviembre de 1675, los beatificó y Pío IX, el 29 de junio de 1867, inscribió en el catálogo de los santos a los *Mártires de la Eucaristía*.

SEMINATOR CHRISTI

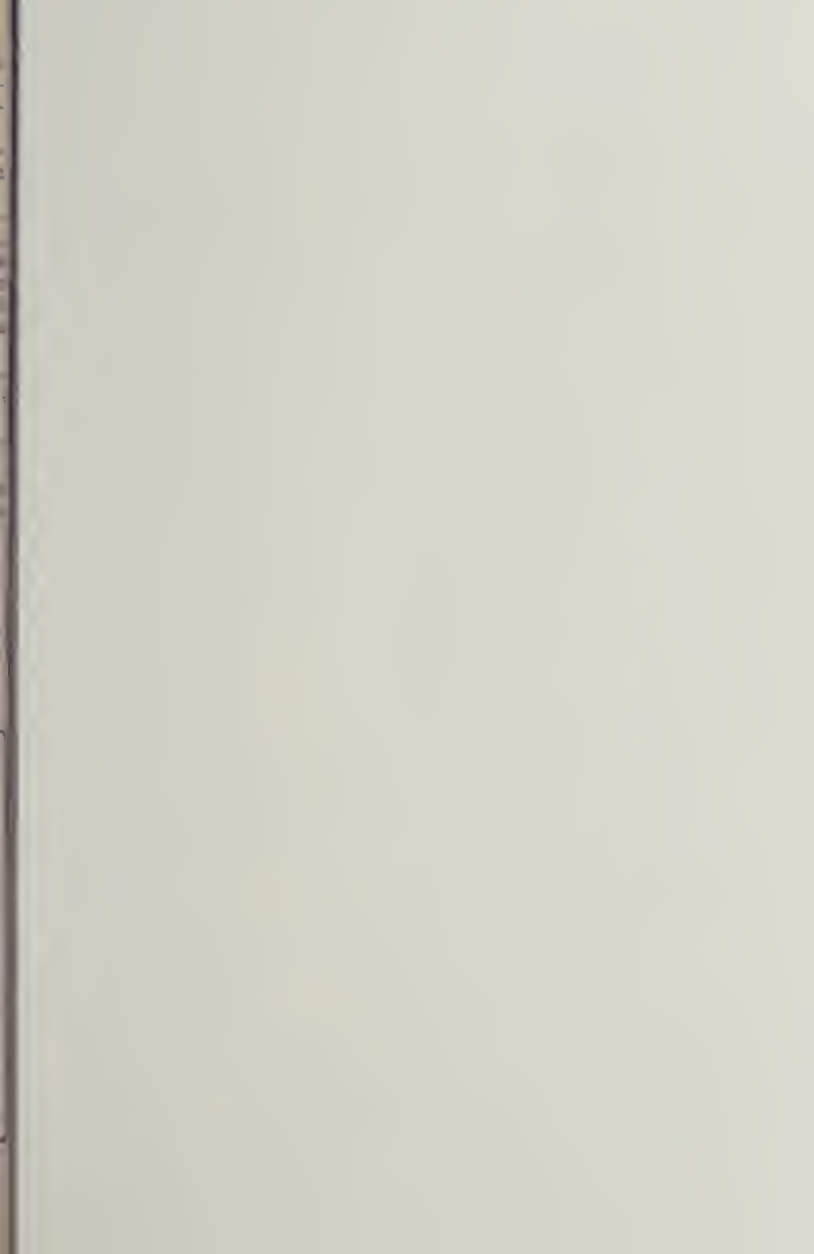


LA CASA DE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO EN ROMA
amenaza ruina; con su ayuda la reconstruiremos.

- EN ESTA CASA SE FORMAN LOS MISIONEROS MEXICANOS.
- A ESTA CASA ACUDE MEXICO, CUANDO VA EN PEREGRINACION AL PAPA.
- POR ESTA CASA SE TRAMITAN LOS ASUNTOS ECLESIASTICOS DE MEXICO.
- EN ESTA CASA SE HOSPEDAN NUMEROSOS OBISPOS MEXICANOS.
- ESTA CASA ES UN RINCON DE MEXICO JUNTO AL PAPA.

Su ayuda puede enviarla a J. C. Treviño. Apdo. 1580.

México, D. F.



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 1534

FOR LIBRARY USE ONLY.

FOR LIBRARY USE ONLY

